

Se busca¹

Óscar Duarte*

Mientras pegaba el último cartel de “Se busca” en una alejada y un tanto olvidada pared de la fría Londres, cerré mi sombrilla y entré a una droguería para comprar una pastilla que me ayudara a sobrellevar la insoportable migraña que, por aquellos días, me acompañaba. Con un pésimo inglés, intenté preguntarle a la farmaceuta si, por casualidad, había visto un niño como el de la fotografía. Ella, con amabilidad, movió su cabeza para decir que no. Volví a abrir la sombrilla y me dirigí a la estación del metro que estaba a dos calles.

Andrew, a sus escasos ocho años, se había convertido en mi amigo y en un digno rival para los videojuegos. Su alegría y energía me hacían olvidar las tardes de soledad y ansiedad que se viven cuando se está lejos del hogar. Sofía, su mamá, me había rentado un cuarto de su casa en Abbey Wood y me había recibido en su familia como un miembro más.

A ella la conocí mientras me desempeñaba como profesor de danza contemporánea en la Universidad de Barcelona, en la que ella hacía una maestría en Estudios de Género. Por aquella época yo solía juntarme con anarquistas y feministas radicales y leía libros más o menos acordes con mis amistades. Uno de estos era el de una feminista italiana, Carla no sé qué, el libro se llamaba *Escupamos sobre Hegel*. Una tarde se lo presté a Sofía, léelo, le dije, creo que es muy bueno (tal vez le dije que el libro le iba a *servir*). Al día siguiente, Sofía, de muy buen humor, me devolvió el libro y dijo que como ciencia ficción no estaba mal, pero que por lo demás era una porquería. En ese momento sonreí y me di cuenta de que su cerebro me gustaba más que sus largas piernas torneadas. Era encantador escucharla hablar del papel de la mujer en la sociedad y de su sueño de ver un mundo liderado por ellas. El discurso se le daba muy bien.

Andrew se había perdido la mañana del 21 de marzo, Sofía lo había llevado a un parque cercano para que disfrutara del primer día de la primavera. Su abultada chaqueta fácilmente lo hacía confundir con los demás niños del lugar. Solo un segundo y un descuido de Sofía bastaron para que Andrew se apartara de su mirada vigilante. La angustia y el desespero se entrelazaron con la zozobra y la actitud atónita y pasiva de los demás padres. Nadie vio nada, nadie escuchó nada y, lo peor, nadie dio razón del niño de rizos rubios y chaqueta azul.

Durante tres días, que parecieron infinitamente eternos, Sofía y sus amigos cercanos nos dedicamos a empapelar la ciudad con la foto de Andrew, con la esperanza de encontrar un ínfimo rastro que nos ayudara a encontrarlo. La lluvia propia de la época no era una buena amiga. Sofía no paraba de pensar en el frío que su hijo estaba sintiendo y yo no dejaba de suplicar a fuerzas más grandes que la mía que Andrew apareciera sano y salvo, aunque el paso de cada minuto desvanecía aquella posibilidad.

* Candidato a la Maestría en Estudios Literarios. Estudiante de la Especialización en Multimedia para la docencia, Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá, Colombia.

¹ Cuento ganador del Concurso de cuento corto “Roberto Bolaño”, organizado por el Fondo Editorial de la Universidad Cooperativa de Colombia en el marco del *Global Festival 2014*.

Mi característico pesimismo nublaba con un manto de desasosiego la poca esperanza que aún quedaba. Aunque esto no era beneficioso para Sofía, prefería pasar más tiempo con ella, mientras lo buscábamos en las heladas calles, que estar pasivo frente al teléfono. Al regresar de la droguería no soporté más el cansancio y me dormí en el sofá. No recuerdo claramente qué soñé pero estoy seguro de que fue algo relacionado con Andrew o con las acostumbradas palizas que solía darme cuando nos sentábamos a jugar ajedrez en el mismo sofá en el que me encontraba.

Al despertar fui a la cocina, y aunque nunca me pude acostumbrar al agrio sabor del café británico, me serví una taza grande y comencé a beberlo. Los ojos de Sofía eran desconcertantes, aquella mujer fuerte, independiente y luchadora que conocí años atrás en Barcelona se veía destrozada y débil. No cruzamos más que un escaso par de palabras, su voz entrecortada y cansada reflejaba sus incontables horas sin descansar. Me atreví a pedirle que durmiera un poco y le aseguré que, mientras lo hiciera, yo me encargaría y estaría pendiente de todo. No fue una sorpresa para mí que dijera que no. Arrebató de mis manos la taza de café y bebió el último sorbo. Se puso su abrigo y abrió la puerta principal de la casa, yo me apresuré a ponerme el mío y la acompañé.

Lesnes Abbey no sólo era uno de los parques más bonitos del lugar, sino también uno de los más emblemáticos. Les recordaba a los londinenses las dolorosas batallas entre los aviones bombarderos nazis y las

baterías terrestres que estratégicamente se ubicaron allí para derribarlos. Lesnes Abbey fue el último lugar donde Sofía había visto a su hijo y también el primero que visitaba a diario desde su desaparición.

Varios medios de televisión local y hasta la poderosa Sky News intentaron entrevistar a Sofía, quien se negó rotundamente a hablar con ellos. Nuevamente mi remendado inglés apareció, pero esta vez por la más noble causa. Clamé por la ayuda de todos en televisión nacional y, en realidad, no tenía idea si mi súplica iba a ser o no escuchada, pero aun así lo hice.

El 26 de marzo a las 8:43 de la mañana, cinco días después de la desaparición de Andrew y apenas una noche después de la emisión de la noticia a nivel nacional, la tan esperada llamada llegó. Andrew Northover, de ocho años, se hallaba muerto y registrado como NN en una morgue cercana a Greenwich. Al parecer, el minuto en el que Sofía habló con Emma, una de las madres que estaban allí, tardó mucho más de lo que ella aseveraba: Andrew tuvo tiempo de comer una especie de baya venenosa que estaba en uno de los arbustos que adornaban el parque. El dolor de estómago fue tan intenso que, sin preguntarle a Sofía, corrió a casa. Un traspie lo llevó a caer en un riachuelo que recién se descongelaba. La corriente lo arrastró hasta llevarlo al río Támesis. Su cuerpo fue encontrado en una orilla cercana al centro de Londres, mientras los atónitos ojos de los curiosos observaban la sombría escena en la que una baya y un pequeño descuido separaron a una buena mujer de su más preciado tesoro.